

su representación» eran derrotados. La prensa extranjera juzgó severamente esta falta, en que Mac-Mahón reincidió el doce de Octubre, dirigiendo un segundo manifiesto al país, donde abundaban las afirmaciones tan rotundas como inexactas y las invitaciones á votar las candidaturas oficiales: «No, decía, la república no está en peligro.»—«No, el gobierno, no obedece á esas pretendidas influencias clericales.»—La lucha es entre el orden y la anarquía.»—«Votad por los candidatos que os recomiendo.»—«Se ha observado con razón, dice Zevort, que nunca Carlos X, el heredero de una larga serie de reyes y el representante del derecho divino, ni nunca Luis Napoleón, el heredero del hombre más grande de los tiempos modernos y el representante del derecho popular, emplearon un lenguaje tan conminatorio como el mariscal, instrumento de una bandería, descendiente de una familia irlandesa, que sólo representaba los rencores de todas las reacciones y las pretensiones del ultramontanismo. El mariscal había vuelto al revés la frase de Gambetta, y declarado á Francia que debía someterse ó dimitir.»

Llegó por fin, el catorce de Octubre, día de la elección, y de quinientos diez y seis diputados que resultaron elegidos, trescientos diez y siete eran republicanos y ciento noventa y nueve monárquicos. Decididos el día veintiocho los empates que había habido, el número de los primeros se elevó á trescientos veintitrés; el de los segundos no pasó de doscientos ocho. Fourtou había dicho á los prefectos que el gobierno tenía asegurada una mayoría de ciento diez votos. La mayoría, no de ciento diez, sino de ciento trece votos, existía, en efecto, pero era en favor de los republicanos. El país había contestado dignamente al acto arbitrario de diez y seis de Mayo.



CAPÍTULO DÉCIMO-OCTAVO

El Congreso de Berlín

o contaban las grandes potencias con la moderación de Rusia al imponer las condiciones de la paz á Turquía; mas no obstante estar prevenidas, su sorpresa fué extraordinaria cuando conocieron el tratado de San Estéfano. No había que dudarlo: las estipulaciones pactadas implicaban la desaparición de Turquía como Estado europeo. Ahora bien; había, por lo menos, dos grandes potencias decididas á oponerse á los designios de Rusia; eran Inglaterra y Austria-Hungría: aquélla, por juzgar prematuro el fin del imperio otomano; ésta, por codiciar parte de sus despojos; una y otra, por rechazar la existencia de una Gran Bulgaria, que imaginaban había de ser cliente fiel, cuando no vasalla de Rusia. Inglaterra fué la primera en manifestar su oposición; pues al proponerle Rusia celebrar un congreso, contestó, el trece de Marzo, no poder aceptar el pensamiento si la Asamblea no tenía facultades para examinar y juzgar el tratado de San Estéfano en su conjunto. Siguióse, con este motivo, una discusión diplomática en tono agridulce entre los gabinetes de Londres y San Petersburgo, que duró dos semanas, á cuyo término el segundo expuso su resolución de no someter al congreso las cláusulas del tratado que concernían en particular á Rusia y Turquía, es decir, las más graves. Era tanto como querer provocar una declaración de guerra. Sin duda, el czar y su canciller acariciaban la esperanza de atraerse á Austria-Hungría. A tal intento, poco después de firmado el pacto de San Estéfano, había ido á Viena el conde de Ignatieff, con la misión de seducir al emperador Francisco

José y al conde de Andrassy, mediante ciertas promesas. Es probable que les ofreciese Bosnia y Herzegovina; pero aquéllos no debieron contentarse con tan poco. Pidieron, en efecto: primero, ocupar dichos territorios; segundo, convertirlos en principado autónomo, como Bulgaria, aunque de hecho habrían sido dominados por Austria-Hungría; tercero, que se aplicase igual régimen á Albania y á Macedonia con Salónica; cuarto, poder concertar con Servia y Montenegro, cuya independencia se reconocía, tratados comerciales que, en realidad, hubiesen puesto aquellos Estados bajo la soberanía austro-húngara; quinto, que se formase con Servia, Montenegro y los nuevos principados una especie de *Zolverein*, cuya constitución habría redundado en ventaja de la gran monarquía danubiana. Ignatieff estimó que Austria-Hungría quería hacerse pagar demasiado cara su alianza, y no se avino á satisfacer sus pretensiones.

En Londres, se tuvo noticia del curso y desenlace de esta negociación, y el gobierno británico vió claramente que, en caso preciso, tendría á su lado á Austria-Hungría; creyó, además, poder contar con el concurso moral de Francia, en donde, por el cambio efectuado, desempeñaba la cartera de Negocios Extranjeros Waddington, cuyas simpatías en favor de Inglaterra eran notorias, y, en su virtud, colocóse, á fines de Marzo, en actitud de franca amenaza. Lord Derby, vacilante é irresoluto, ofreció su dimisión. Lord Beaconsfield le dejó marchar, reemplazándolo con lord Salisbury, al mismo tiempo que nombraba ministro de la Guerra á Stanley y de la India á Hardy. En seguida, reforzó la flota fondeada en la isla de los Príncipes, y dió con gran aparato varias órdenes para transportar á Turquía las tropas de Malta y hasta las de la India. Lord Salisbury, adversario de Rusia menos decidido que Beaconsfield, dió, el primero de Abril, su famosa circular, que figura con razón entre los documentos más notables de aquel período, siendo digno de observarse que, contrariando los usos diplomáticos, se publicó en la prensa casi al mismo tiempo de comunicarse oficialmente. El nuevo ministro de Negocios Extranjeros, resumiendo las negociaciones entabladas desde el catorce de Enero hasta el veintiséis de Marzo, evidenciaba que el tratado de San Estéfano ponía el mar Negro bajo la dominación absoluta de Rusia y no dejaba á Turquía sino una independencia puramente ilusoria. «Dicho tratado, añadía, es inconciliable con los legítimos intereses de la Gran Bretaña».

El conflicto se agravaba por momentos, pareciendo no ofrecer más salida que la apelación á la fuerza. Rusia no se precipitó. Apenas terminada una guerra, que había quebrantado profundamente su organismo militar y desequilibrado su Hacienda para largo tiempo, era empresa ardua el empeñarse en otra con dos potencias de primer orden, como Inglaterra y Austria-Hungría. Para poder seguir mostrándose intransigente, érale menester evitar la unión de estos dos Estados; pues con toda seguridad la Gran Bretaña no se arriesgaría á la lucha, si le faltaba el concurso material de Austria. Mas ¿cómo

impedir dicha alianza? Con Francia no había que contar, porque á la sazón, según se ha advertido, se había operado en su política un cambio favorable á Inglaterra, y respecto á Italia, impulsada ésta del vago deseo de adquirir algún territorio en Albania, se aproximaba al gabinete de Viena para contrapesar su influencia. Quedaba, sin embargo, Alemania, á cuyo reconocimiento creía Rusia tener derecho, por los buenos oficios que en sus últimas guerras le prestara. Sin la benévola neutralidad del imperio ruso, habría tropezado Prusia con más dificultades en su campaña contra Austria, y si en mil ochocientos setenta esta potencia no hubiese estado contenida por las amenazas del coloso del Norte, tal vez hubieran sobrevenido complicaciones bastante poderosas para alterar el curso de los acontecimientos. Era evidente que si el emperador Guillermo ponía su veto á Francisco José, imitando la conducta de Rusia en mil ochocientos setenta, Austria no se atrevería á moverse. Del canciller alemán y de su soberano dependía, pues, soltar ó no sobre Europa los furores de la guerra. El gobierno de San Petersburgo planteó la cuestión al de Berlín. Su decepción fué profunda. Alemania contestó con evasivas: necesitaba, dijo, conservar incólumes sus fuerzas para vigilar á Francia y tenerla á raya. En suma, no queriendo enemistarse con Austria-Hungría, rehusó contraer ningún género de compromiso, lo que equivalía á maniatar á Rusia. He aquí la gran traición que los rusos imputan á los alemanes; no se la han perdonado, ni se la perdonarán en mucho tiempo. Lo ocurrido después, en el congreso de Berlín, no fué sino consecuencia obligada de esta defección de Alemania. La paz de Europa salió ganando con ello. No obstante, hubiese obrado Bismarck más caritativamente, no dejando ir tan lejos á Rusia, que, advertida á tiempo, no hubiese proferido sus bravatas del mes de Marzo; pero, sobre complacerle poner en ridículo á los ojos de Europa á Gortchakof, que se jactara de desbaratar sus planes en mil ochocientos setenta y cinco, no habría visto con disgusto que estallara el conflicto armado entre Rusia, por una parte, é Inglaterra y Austria-Hungría, de la otra. Quizás pensaba que, en tal caso, sería posible á Alemania aprovecharse de la confusión general y pescar en agua turbia, tendiendo, por ejemplo, su mano á los Países Bajos; y después, cuando las tres potencias beligerantes se debilitasen y desangrasen, intervenir entre ellas con sus fuerzas intactas é imponerles una paz á su gusto, que consagrara definitivamente la supremacía germánica en Europa.

No se escaparon estas eventualidades á la penetración del gobierno inglés, que estimó muy peligrosa la neutralidad alemana, si había de pagarse con la incorporación de los Países-Bajos al nuevo imperio. El posible aumento de poder de este último era mirado también con recelo por Austria-Hungría, y en lo tocante á Rusia, hubiérale sido muy penoso ver engrandecerse á Alemania, por efecto de una aventura en que corría riesgo de eclipsarse la fortuna de los czares.

De tales reflexiones, que asaltaron especialmente á los políticos de Londres y San

Petersburgo, resultó el relajarse de modo visible en muy pocos días la tirantez de relaciones existente entre los gabinetes británico y ruso. Gortchakof abrió camino á la aproximación; pues al contestar á la nota de lord Salisbury, de primero de Abril, sin renunciar á dar torniquete á los argumentos del ministro inglés, le invitó á exponer las modificaciones que, en su concepto, debían introducirse en el tratado de San Estéfano. Lord Beaconsfield indicó al principio su deseo de ponerse previamente de acuerdo acerca del particular con los gobiernos de Alemania, Austria-Hungría, Francia, Italia y Turquía; pero apremiado por el tiempo, temeroso de un arranque de Alejandro II y alarmado de cada vez más con la política tenebrosa de Bismarck, concluyó por dejar traslucir que podría responder aisladamente. Desempeñaba á la sazón la embajada rusa en Londres el conde Schuvaloff, muy influyente en San Petersburgo: era opuesto á la guerra, y, conduciéndose con prudencia y habilidad, logró que el jefe del gobierno inglés formulara sus condiciones. Conocidas éstas, el conde de Schuvaloff se partió á San Petersburgo, consiguiendo que su soberano las aceptase. El treinta de Mayo, después de pasar dos veces por Berlín, donde obtuvo la conformidad del canciller de Alemania, el diplomático ruso hallábase de regreso en Londres, firmándose en este punto un *memorandum*, que comprendía las concesiones reclamadas por Inglaterra y consentidas por Rusia.

En este convenio, se privaba á Rusia de más de la mitad de las ventajas que le otorgara el tratado de San Estéfano. Inglaterra accedía á tomar parte en el futuro Congreso de paz, pero ¡cuán duro debió de ser para Alejandro II y para Gortchakof el tener que pasar por las exigencias del gobierno británico! Estipulóse, en efecto, que el principado de Bulgaria se redujese próximamente en unas dos terceras partes de su extensión; que no tocase al mar, y que estuviere limitado por los Balkanes. La parte occidental de Bulgaria había de depender de la autoridad directa del sultán, y no gozar de amplia autonomía administrativa sino la situada al sur de aquella cordillera: al frente de la última habría un gobernador cristiano, nombrado por cinco ó diez años, con el consentimiento de Europa, reservándose al congreso el decidir si se admitirían ó no en ella las tropas otomanas. Los compromisos relativos á Armenia debían entenderse contraídos no sólo con Rusia, sino también con Inglaterra. Se sometería al fallo de todas las grandes potencias la organización de las provincias griegas. El resto de trescientos millones de rublos, debido por Turquía á Rusia, no podría ser compensado con nuevas cesiones territoriales, declarándose discutible aquella suma y advirtiéndose que, en cualquier caso, el crédito ruso no lastimaría los derechos anteriores de Inglaterra por las cantidades de que el imperio otomano le era deudor. Rusia renunciaba en Asia al valle de Alaschkert y á la ciudad de Bayazid (mediante la cesión de Khotur á Persia), y prometía no extender más sus dominios por el lado de la frontera otomana. Inglaterra, á su vez, desaprobando la retrocesión de la Besarabia al Czar, se obligaba á no considerarla como

casus belli. Independientemente de lo dicho, lord Salisbury, en una nota separada, hacía constar expresamente sus reservas: primero, acerca de la necesidad de someter á Europa la organización de Bulgaria; segundo, respecto á la duración de la ocupación rusa; tercero, en lo relativo al nombre de la provincia meridional; cuarto, en lo tocante á la navegación del Danubio; quinto, en lo concerniente á los estrechos, consintiendo Rusia por su parte en el mantenimiento del *statu quo*; sexto, en la necesidad de reconocer el protectorado de Europa en favor de los monjes de nacionalidad no rusa del monte Athos. Y todavía, es seguro que Inglaterra se hubiese mostrado más inflexible en ciertos extremos, á no ser porque Beaconsfield y Salisbury, al mismo tiempo que negociaban con el conde de Schuvaloff, esforzábanse en obtener por otro lado ventajas equivalentes á las adquiridas por Rusia. De buena gana hubiesen puesto su mano sobre el Egipto; pero Waddington, á pesar de sus simpatías por Inglaterra, había notificado á los demás gabinetes que su patria concurriría al congreso, previas las siguientes condiciones: primera, que estuviesen representadas en él todas las potencias signatarias del tratado de París y del de Londres; segunda, que sólo se ventilasen las cuestiones suscitadas con motivo de la última guerra; tercera, que no se tratara de Egipto ni de Siria y que se respetaran los derechos históricos de Francia en los Santos Lugares. Aceptadas estas reservas por todas las potencias, Inglaterra tuvo que respetarlas. En compensación, propuso á Austria-Hungría compartir entre ambas el protectorado, es decir, la dominación indirecta del imperio otomano, reservándose ella el de las provincias asiáticas y ejerciendo Austria el de las europeas. Austria-Hungría, no atreviéndose á arrostrar las consecuencias de un conflicto inevitable con Rusia, rechazó esta combinación. Entonces, Beaconsfield volvió sus ojos á la Puerta, brindándole el apoyo, no desinteresado en verdad, de la Gran Bretaña, para contener la ambición de Rusia, irritada, triunfante, amenazadora. Enablóse en seguida con el mayor sigilo una activa negociación entre las cortes de Londres y Constantinopla, de cuyas resultas firmóse el extraño tratado de cuatro de Junio, por el que Turquía encomendaba á Inglaterra, en caso preciso, la defensa de sus provincias del Asia Menor y prometía reformar la administración de las mismas, siguiendo los consejos y bajo la fiscalización de su supuesta protectora, á quien, en cambio, consentía ocupar la isla de Chipre, posición naval de grandísima importancia.

Aunque el tratado de cuatro de Junio fuese secreto, al menos para Rusia, ni su celebración ni las negociaciones que le precedieron escaparon á la vigilante mirada de Bismarck. Teníale sin cuidado al famoso canciller, y aun le agradaba, que Inglaterra sembrase en su camino nuevos motivos de discordia con Rusia; mas de ningún modo quería tolerar que, en el despojo de que iba á ser víctima el imperio otomano, no tocase su parte á Austria-Hungría. Deseaba interesar de cada vez más á esta potencia en los asuntos de Oriente y satisfacer en cierta medida su ambición, tanto para impedirle recordar su anti-